

Tuve conocimiento de la obra de Ivar Da Coll en 1993, a través de un libro regalado entonces por una amiga común: *Chigüiro se va*, publicado, creo recordar, en Norma un año antes.

El primer descubrimiento que para mí supuso la lectura de aquel bello libro fue el de la existencia de un roedor de un tamaño enorme que habitaba en América Latina y que se llamaba chigüiro; el segundo, el de la existencia de un escritor e ilustrador que no procedía del ámbito anglosajón o centroeuropeo, que había escrito e ilustrado, al menos, una historia —aquella que yo tenía en mis manos— con unas características análogas a las que había encontrado en autores como de Arnold Lobel, Helme Heine o Janoch.

En aquel momento yo no había viajado aún a América Latina y no solo desconocía la existencia del chigüiro, sino también la de ilustradores latinoamericanos, es más ni me imaginaba que pudiese haberlos.

Mi mirada, que aún no era europea, pero sí eurocentrista, participaba de una doble miopía sobre el sur —en el sentido que le confiere Mario Benedetti— de este continente: la europea y la española. No sé cuál de dos tenía más dioptrías.

Pero bien, bromas aparte, fueron pasando los años y en consecuencia yo no solo aprendí cual es la morfología y los hábitos del chigüiro, sino que tuve el privilegio y el honor de poder acceder a la obra de Ivar Da Coll desde dos perspectivas entonces inimaginadas: primero como editor y después como escritor.

En los años que dirigí una colección de libros infantiles en una editorial española de cuyo nombre no quiero acordarme, decidí, para combatir la miopía de la que yo había sido víctima, que al menos el 20% de los libros que publicase en ella, pertenecieran a escritores a ilustradores latinoamericanos. Este propósito me llevó a conocer a un gran número de autores entre ellos a nuestro creador con quién mantuve una relación primero como editor, publicándole tres libros: *Pies para la princesa*, *El niño que no sabía escribir* y un tercero sobre texto de Ana M^a Machado, *¡Menuda fiesta!* Aquella relación fue estrictamente virtual, pero en ella, créanme, pude ya percibir la actitud humilde y tolerante de los grandes creadores.

Pocos años más tarde, viajé a Bogotá y conocí en persona a Ivar Da Coll a través de la persona que sería la editora —entonces ninguno de los tres lo sabíamos— de un libro ilustrado por él sobre un texto mío: María Osorio. El libro, publicado en Babel, se titula *Lo que más me gusta*.

De las tres almas a las que yo he convocado para escribir estas líneas: la del lector, la del editor y la del escritor, me quedo ahora a solas con la primera y desde ella les voy a hablar.

Para mí, la obra de este ilustrador y escritor conlleva la existencia de un universo estético que conjuga dos discursos: el gráfico y el textual que, incluso a veces, es literario.

Como todos los grandes creadores de libros ilustrados o de libros álbum —creo que no haga falta que cite nombres— sus historias pertenecen a ese territorio en el que texto e ilustración forman un solo discurso inseparable, raras veces alcanzable cuando cada uno de estos elementos procede de dos personas distintas.

Ya sea en el género de libro álbum, en el que citaré *Tengo miedo*, como en el de los libros ilustrados, aquí me apoyaré en *Supongamos*, el discurso creativo de Ivar tiene unas señas de identidad que lo hacen singular y de unas características reconocibles. De igual modo que cuando decimos que estamos ante un libro es un Ungerer, o un Burningham o un Browne, también ante sus libros bien podemos decir es un Ivar Da Coll.

Supongamos es para mí uno de los libros más inteligentes que he utilizado con lectores pequeños. La tensión de la historia, la simultaneidad alternada de texto e ilustración propicia una secuencia, desde mi punto de vista, en la que las imágenes tienen un carácter ambivalente: por un lado, recrean e iluminan lo ya contado, propiciando una suerte de pausa que aumenta la tensión, pues el lector se encuentra con la necesidad de disfrutar de la propuesta gráfica concreta, pero al tiempo, desea avanzar en la peripecia para saciar la curiosidad que le empuja a descubrir el desenlace de la historia.

Tengo miedo es —en realidad habría que decir son— palabras mayores, expresión que utilizamos en España cuando vamos a referirnos a algo que participa de la excelencia.

Entrar en el álbum publicado en 2012 conlleva obligatoriamente clausurar el tiempo cronológico y acceder a un tiempo y en un espacio que nos es ajeno, pero que nos atrapa, que nos conmueve y que nos fascina. De igual modo que en nuestra relación con la ficción canónica, pero aquí, además, se activa una percepción de índole plástica, pues la belleza de las ilustraciones nos sobrecoge tanto como la historia o, algo aún menos frecuente: las características de una edición que convierte el libro en una obra de arte.

Gracias Ivar por regalarnos estos sueños que no son los de la razón.